

## **LA ACADEMIA, UNA INSTITUCIÓN DEL PUEBLO**

---

ANTONIO VARO BAENA  
VICEPRESIDENTE DEL ATENEO DE CÓRDOBA

---

Señor Presidente del Ateneo de Córdoba, don Antonio Perea Torres.

Excmo. Señor Director de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, don Joaquín Criado Costa,

Ateneístas, académicos y amigos todos.

La Academia es una institución del pueblo. Y no lo decimos nosotros en una pretendida hipérbole justificativa y aduladora, sino que lo denota la propia etimología de la palabra: “demos”, que como todos sabemos significa pueblo; aunque ese *acá* o *eká* previo derivara de una lejanía en los jardines helenos del filósofo Platón o del sabio Academos, personaje legendario del Ática.

Quizás por ello, que es una institución del pueblo, perdura tras doscientos años de historia. Una historia que al igual que los ateneos, surge -con el precedente inexcusable de la Academia Francesa del siglo anterior-, de la inquietud cultural, de la efusión intelectual de una Revolución Francesa que a pesar de su sangre, tantas cosas buenas dio a la cultura occidental y a la civilización, y tanto cambio supuso en las conciencias.

La propia Academia se define hoy como “una Corporación de Derecho Público de naturaleza esencialmente cultural, cuya finalidad principal es fomentar los trabajos de investigación en todas las ramas que su título comprende y estimular la difusión pública de toda clase de conocimientos y actividades científicas, históricas, literarias y artísticas”.

Loables fines que hay que preguntarse si siguen siendo válidos en los albores del siglo XXI. Para contestarlo no hay nada más que sumergirse en la labor que esta institución realiza. Y no es ya sólo que cada gota de cultura sea necesaria a la comunidad, a este mundo con tanta información y conocimiento pero también paradójicamente tan aculturizado, sino que en ese caudal efectivo de cultura, enriquece sustancialmente a la sociedad en la está inmersa y a la que se debe como garante precisamente de aquel Derecho Público del que se hablaba.

Ahí están sus actividades avaladas por los numerosos convenios de colaboración que la Academia tiene suscritos. Y así, con sus propias palabras: “organiza y desarrolla ciclos de conferencias, jornadas, seminarios, simposios, recitales poéticos, presentaciones de libros, conciertos musicales, actos conmemorativos, mesas redondas o viajes culturales. En los últimos años además la Academia ha aumentado notablemente su actividad, tanto cuantitativa como cualitativamente, se ha abierto más a la comunidad científica y a la sociedad en general, acomodándose a los nuevos tiempos y estableciendo relaciones más intensas y frecuentes con otras instituciones de dentro y de fuera de la provincia

cordobesa y de Andalucía”. Dentro de esa labor no hay que olvidar el asesoramiento a organismos e instituciones.

Quizás los riesgos de toda institución y más si es bicentenaria, sea el anquilosamiento, la distancia e inaccesibilidad y el elitismo. Teniendo en cuenta además que la Ilustración está en el origen de estas instituciones. Y si en aquella época supuso una renovación, el paso del tiempo puede hacer rechinar los engranajes. Nosotros pensamos que esos riesgos han sido solventados con naturalidad, acercamiento, apertura a la sociedad, y sobre todo el ofrecimiento a ésta de un servicio de un importante valor cualitativo. Y por qué no decirlo, de prestigio y hasta sentimental.

Yo aún recuerdo la importancia otorgada en el ambiente de mi familia política, reflejada en fotos y recuerdos, del nombramiento de mi suegro, José Cobos Jiménez, fallecido hace veinte años, como académico de número, leyendo su discurso de ingreso allá por el año 65, siendo director el ínclito don Juan Gómez Crespo; discurso que versó, como no podría ser de otra forma, sobre el montillano adoptivo Inca Garcilaso de la Vega. Dicho discurso fue contestado por la también importante figura de la cultura y la ciencia cordobesa, don Rafael Castejón y Martínez de Arizala.

Respecto al elitismo referido, la imprescindible especialización es consustancial a la labor de la Academia y a sus integrantes. Por otro lado la impresión ritual de sus ceremonias, o la majestuosidad de su sede -un recio, noble, e histórico edificio-, eleva el ánimo a una emoción que solidifica la trascendencia de su actividad. Quizás, aquella vitalidad de la que hablábamos se haya concretado más en unas épocas que en otras, porque la Academia está compuesta por seres humanos, y todos somos distintos, pero precisamente, es la institución la que está por encima de las personas y la que soporta la base del simbólico edificio cultural, aún en tiempos de escasez.

Por otro lado la mención de sus secciones nos da una idea amplia de su labor y dedicación: Ciencias Morales y Políticas, Ciencias Históricas, Ciencias Exactas, Físicas, Químicas y Naturales, Bellas Letras y Nobles Artes; casi todo el saber enciclopédico. Además de integrarla el Instituto de Estudios Califales, el Instituto de Estudios Gongorinos y el Instituto de Estudios Escénicos. Y ella misma se integra en el Instituto de Academias de Andalucía desde la creación de éste en 1985, y pertenece al Instituto de España como Academia Asociada.

Su origen, como expone en su página web, otro signo de modernidad, proviene de las corrientes renovadoras de los ilustrados españoles, en el siglo XVIII, que trajeron entre otras consecuencias la creación de las Reales Sociedades Económicas -o Patrióticas- de Amigos del País. En Córdoba se creó la Real Sociedad Patriótica en el año 1779 y “desarrolló su actividad alternando periodos de magníficas realizaciones con otros de vida lánguida”.

De la Sección Literaria de la Real Sociedad Patriótica surgió, el 11 de noviembre de 1810, la Academia General de Ciencias, Bellas Letras y Nobles a la que le fue concedido el título de “Real” en 1915. Su primer director fue el ilustrado, poeta, afrancesado y canónigo penitenciario de la Catedral de Córdoba -qué curioso y magnífico ejemplo de tolerancia intelectual e ideológica compatibilizando lo que, aunque algunos no lo crean, es perfectamente compatible-, D. Manuel M<sup>a</sup>. de Arjona y Cubas.

Quizás por ese origen citado, digamos “literario”, un caso especial dentro de las actividades de la Academia, por la que merece su total reconocimiento, lo constituye el apartado bibliográfico. Así desde el año 1922 publica un *Boletín* con periodicidad semestral. Posiblemente la publicación decana de Córdoba. Fuente inagotable de

información rigurosa, extensa, concreta y contrastada sobre la cultura y la historia de Córdoba y provincia. También publica, con periodicidad anual, la revista *Al-Mulk* y un *Anuario*, así como monografías y actas de jornadas.

Por otro lado en sus fondos bibliográficos cuenta hoy con 30.000 volúmenes y también importantes publicaciones periódicas. Su hemeroteca es una de las más nutridas de España. Además posee una importante colección de obras de arte, entre ellas unas trescientas magníficas piezas de arte egipcio que forman parte del llamado “Legado Blanco Caro”.

Como consecuencia de todo ello, la Academia ha tenido un amplio reconocimiento social entre lo que se incluye la Medalla de Oro de la Ciudad de Córdoba en el año 2002, porque ha contribuido con sus valores que ella misma reclama “aumentar el bienestar de los ciudadanos desde las coordenadas de la independencia, de la libertad y de la dignidad, posibles y necesarias en el sistema democrático de un Estado de Derecho”.

La relación con el Ateneo de Córdoba es y ha sido amplia y muy personal, pues no son pocos los académicos que tienen la virtud, permítidmelo decirlo así, de ser académicos y ateneístas. Y también marcó un hito la celebración del primer acto flamenco de la Academia con la presentación del libro del ateneísta y académico Agustín Gómez, *Presencia de Cántico en el Flamenco*, allá por el año 1995.

En el “Himno de la Real Academia de Córdoba”, escrito por el ateneísta y académico Manuel Gahete y musicado por Luis Bedmar, que por cierto compuso para este Ateneo también su bello concierto *Athenaeum*, nos dice Gahete:

“La Real Academia, /crisol de claridad, /con oro sobre Córdoba /su nombre esculpe ya.”

A ese oro, contribuye este oro modesto del Ateneo de Córdoba, Institución hermana, guardando todas las distancias sin duda, como fue llamada por el propio Director de la Academia, don Joaquín Criado Costa, nombrado Ateneísta de honor en el año 2007. Por eso le otorgamos esta Medalla de Oro, con admiración por su labor, con gratitud por su cercanía a este Ateneo y con la conciencia de que todo reconocimiento no es sino un acicate para continuar en la ardua labor cultural.